

# Ha muerto Teodorico Quirós creador del paisaje costarricense

Es cierto que Quico Quirós, en esencia, había muerto hace algunos meses. Había ido perdiendo su vitalidad, que repartía a manos llenas junto con su sonrisa optimista y cómplice. Pero si bien es cierto que no era el Quico Quirós de hace algunos años, era una fuerza que se mantenía y que permitía mirar con esperanza al futuro.

Porque Teodorico Quirós era ejemplo de tenacidad, de talento y sobre todo, de genio creador. Se ha dicho y se ha repetido que Quico Quirós inventó el paisaje costarricense. ¡Qué gran verdad!

Enamorado de la tierra costarricense, ya fuera de sus costas o de sus montañas, de los paisajes tropicales cuajados de palmeras o de las montañas neblinosas de las zonas frías, el artista plasmó en lienzos y cartones, su visión del país.

Todavía no hace muchos años, reunirse con Quico Quirós y conversar con él era internarse en un anecdotario costarricense. Su conversación chispeante abría camino en la historia y entonces, los personajes de la política, del arte, de las letras o del pueblo sencillo adquirían vida y participaban del quehacer cotidiano.

Las famosas tertulias de los años treinta y cuarenta, relatadas por Quico, donde se reunían lo mismo los pintores que los poetas y novelistas, eran de antología. ¡Cómo describía a sus amigos y camaradas! Con qué malicia, suavizada por el afecto, se refería a los que trataban, en aquella época, de despertar el país de su letargo aldeano y darle visos de centro de cultura. El, que había estudiado en Boston, ciudad culta por excelencia, con sus académicas de artes plásticas, sus centros musicales, su río St. Charles limitando la extensión de las calles y avenidas, sus casas y edificios señeros cubiertos de hiedra, sus parques con cisnes y palomares, cómo miraría la San José de casas de adobe y una sola avenida central, mezcla de barro, teja y paz campesinal.

Pero Quico Quirós, aunque establecía contrastes, amaba a Costa Rica.

No menos se puede creer si se ven sus paisajes. Hay en ellos, a par del color, de la forma, de la composición, de las luces y las sombras, un amor manifiesto.

Quico Quirós no pintaba únicamente con pinceles y pinturas. Ponía, en cada trazo el afecto sincero de un verdadero costarricense. Reconocía lo mucho que faltaba en el país para estar a par de otras naciones, pero le bastaba contemplar la naturaleza para darse cuenta de lo mucho bueno que tenía esta tierra.

Su esfuerzo se dirigió, consciente de las necesidades nacionales hacia la formación de núcleos de cultura. Organizó las primeras exposiciones colectivas de pintores y escultores, en el Teatro Nacional, contando con el apoyo y el estímulo del periodista y también pintor, Ventura Cordero. de 1928 a 1937 se suceden, ininterrumpidamente las muestras anuales de arte costarricense.

Esas exposiciones eran a manera de lo que hoy llamamos el Salón Anual de Artes Plásticas, pero sin previa selección. Todo aquel que quería exponer y que creía tener obras dignas de gran calidad como las de Luisita González Feo de Sáenz, de Manuel de la Cruz González, de Juan Rafael Chacón, de Víctor Manuel Bermúdez, de Néstor Zeledón, de Quico Quirós y otros, exponían también noveles artistas que quizás no pasaron de ser lo que eran, noveles. Pero tenían su oportunidad.

Como decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica, cargo que desempeñó durante muchos años cimentó un programa ágil y moderno para la preparación de artistas que supieran conservar, no obstante, su propia personalidad y no ser copia de los maestros. La Facultad de Bellas Artes llegó a estar, bajo su égida, al nivel académico de las más importantes escuelas de artes plásticas.

Como profesor, sus clases eran matizadas por su charla formativa y anecdótica. Sabía descubrir el talento donde lo hubiera y a los que descubría ese don, los estimulaba y aconsejaba. Generoso con sus conocimientos. Quico Quirós es un maestro inolvidable.

(continuará)